

le amaban. Entre otras razones, que en este tiempo decía, era una, que estaba muy dudoso y perplejo, en que por una parte deseaba padecer mucho, viendo que Cristo había venido al mundo á padecer por él, y así no sería razón desear morir luego sin padecer mucho por tal Señor; «y así, Señor, dure, decía, dure este tormento, que así lo decía el santo Padre Isla» (era éste uno de los santos é insignes varones que el Padre conoció y tenía apuntado en su cartapacio para encomendarse á él); por otra parte, decía que se quería morir luego, por no dar cuidado ni malas noches á sus hermanos; pero en todo con muy gran resignación en la divina voluntad. Lo uno y lo otro le cumplió Dios Nuestro Señor, porque no estuvo desahuciado y en la cama más que solos dos días, y los dolores y trabajos fueron tan eficaces para el trabajo de la respiración, que afirmaron los médicos era la muerte más penosa y dolorosa que naturalmente podía haber. Añadió el catedrático de prima de medicina (que como á Padre y tan querido todos le acudieron), que tenía por cierto que aquella alma la detenía con tan gran tormento Dios Nuestro Señor para darle el purgatorio en aquella cama y de allí llevarlo al cielo. Y fué cosa de maravilla, que con tener siempre, hasta una hora antes de morir, tan vivos sus sentidos y habla, aunque penosa, no se le oyese palabra de sentimiento ni queja alguna, antes preguntándole el Padre Rector si sentía muy gran dolor, respondió: «no, Padre, no es muy grande, mayor quisiera yo que fuese.» Los ratos que le dejaban las visitas, levantaba las manos y ojos al cielo, y hacía tiernísimos coloquios con Dios Nuestro Señor, ya con actos vehementes de contrición, ya pidiendo afectuosísimamente perdón de las faltas y yerros pasados, ya de amor, ya de esperanza y confianza en la divina bondad y misericordia. Pocas horas antes de su muerte se consolaba diciendo que esperaba verse con nuestros Padres San Ignacio, San Francisco Javier, el Santo Borja, Gonzaga y Estanislao, sus devotos. Aunque en todo esto con muchísimo trabajo, porque iba muy apriesa cerrándosele el pecho, y de esta manera perdió el habla una hora antes de morir. Acudió todo el Colegio y el Padre Provincial, que á sólo hallarse presente á esta hora había ido de la Casa Profesa al Colegio; dijéronle la recomendación del alma, y á las últimas palabras dió la última boqueada y con ella el alma al que para tanta gloria suya, tanta honra de la Compañía y tanto provecho de esta Nueva España, le había criado, á 11 de Mayo á las seis de la tarde, año de 1626, siendo de edad de 80 años, de los cuales 62 vivió en la Compañía, y 50 de ellos en esta Provincia y ciudad de México.

Luego que oyeron doblar en nuestro Colegio, comenzaron á doblar no sólo en la Casa Profesa, sino también en algunos conventos de religiosos y religiosas de esta ciudad.

Púsose el cuerpo revestido de los ornamentos sacerdotales (como se usa en la Compañía), en las andas y en una sala interior de casa. Comenzó á venir gente de fuera á ver y venerar aquel santo cuerpo, y entre ellos vino el Dr. D. Alonso Muñoz, Dean de esta santa Iglesia de México, Doctor en sagrada Teología y catedrático de ella en la de prima, persona de las primeras en este Reino, y que renunció la elección que de su persona se había hecho en el Consejo Real de las Indias para Obispo de la santa Iglesia de Chiapas, y que á ser conocidas sus letras y ejemplos en España, pudiera ocupar y honrar mayores y

más dignos puestos. Fué de los más antiguos, más queridos y más fieles y reconocidos discípulos que el venerable P. Pedro de Hortigoza tuvo, y así le visitó en su enfermedad y á la hora de su muerte vino, é hincando las rodillas en tierra, sin poder hablar más palabra que decir: dónde se nos ha ido, señor Doctor, le besó la mano y hecho un río de lágrimas, se partió de allí porque el sentimiento no le daba lugar á detenerse. Envió de la Catedral seis blandones de plata con seis cirios que ardiesen donde se pusiese el cuerpo del difunto; otros muchos acudieron á ver y venerar aquel santo cuerpo, de persona tan conocida y nombrada, y tan pocas veces vista por su raro recogimiento y humildad.

El día siguiente, estando ya todos los Padres y hermanos del Colegio, y los de la Casa Profesa juntos con el Padre Provincial, tratando de hacer el oficio y entierro, vino el dicho Sr. Dean con todo su ilustre Cabildo, clérigos y capilla, diciendo que á él le competía hacer aquel oficio, como de hecho lo celebró. Acudieron las sagradas religiones, toda la Universidad y los caballeros, y lo más granado del pueblo con que se hizo uno de los más graves entierros que en esta ciudad se habían visto. El día siguiente quiso el cura y clérigos de la parroquia de Santa Catarina Mártir de esta misma ciudad, hacer las honras á su santo Padre y maestro, las que celebraron con un alto túmulo, mucha cera y acompañamiento de clérigos y multitud del pueblo. Algunos meses después, entrando á ser Rector de esta Universidad el Dr. Diego de Barrientos Rivera, letrado y ciudadano muy principal de México, por el amor y veneración que al venerable P. Pedro de Hortigoza había tenido en vida, y para mostrar la estimación que de tal varón hacía, quiso y ordenó que la Universidad en forma de tal le hiciese sus honras; las cuales celebraron con mucha pompa y solemnidad, orando la tarde antes, después de las vísperas, una oración fúnebre un sacerdote cursante, renovando en ella la memoria de las virtudes de varón tan insigne, y el día siguiente predicó el P. Maestro Fray Gabriel de Rivera, religioso grave de la orden del glorioso Padre San Agustín, que celebró y encareció mucho las alabanzas de nuestro venerable Padre, y con estas y otras demostraciones que en esta ciudad se hicieron á la muerte y honras del P. Dr. Pedro de Hortigoza, mostró el Cabildo eclesiástico, la Universidad, las religiones y toda la república, el agradecimiento y reconocimiento que á tal Padre y maestro universal juzgaron le era debido. Murió este esclarecido varón año de 1620 y 11 de Mayo, habiendo entrado en los 81 de su edad. Era pequeño de cuerpo aunque de venerable aspecto.

CAPITULO XII.

VIDA Y VIRTUDES DEL MUY RELIGIOSO P. DIEGO DE SANTIESTEBAN,
LECTOR DE TEOLOGÍA MUCHOS AÑOS EN EL COLEGIO
DE MÉXICO.

A la vida, muerte y religiosísimas virtudes de tan grande maestro como el P. Pedro de Hortigoza, de quien habemos tratado, pareció juntar las ejemplares virtudes, vida y muerte del maestro que le su-

cedió en la cátedra de prima de Teología en nuestro Colegio de México. Y es cierto de notar, que entre otros beneficios que dejamos escrito, haber hecho la Divina Bondad á este grande Colegio, uno no muy señalado ha sido el haberle dado maestros juntamente insignes en virtud y letras, como lo fueron, el primero, el P. Pedro de Hortigoza, de quien acabamos de escribir, y el segundo, P. Diego de Santiesteban, de quien ahora escribimos; y después de ellos el P. Juan de Ledesma de cuyas grandes letras, ejemplarísima vida y celo en ayudar las almas de los pobres Indios, escribimos largamente en nuestra Historia de los triunfos de la Fe. Lector también de Teología y de esclarecida virtud, fué en este mismo Colegio el P. Antonio Arias, de quien adelante hablaremos; y después de estos siguieron los Padres Agustín Cano y Alonso Guerrero, los cuales todos leyeron Teología en el Colegio de México, y todos fueron varones insignes en religión y letras; dejando otros que por no alargar demasiado esta Historia, se pasan en silencio.

Volviendo pues, al P. Diego de Santiesteban, nació de padres honrados en la Villa de Palma, Obispado de Córdoba y Provincia de Andalucía, llamóle Nuestro Señor á la Compañía siendo de edad de 17 años, y correspondiendo á la divina vocación, fué admitido á la Religión en la misma Provincia, donde habiendo pasado el noviciado y seminario, y estudiando el segundo año de artes, tuvo nueva vocación de pasar á las Indias. Cumpliéronle los superiores sus santos deseos y fué señalado para venir á esta Provincia de Nueva España, adonde llegó el año de 1584. Entró en este Colegio de México, donde acabó el curso de sus artes, teniendo por maestro en la metafísica al venerable P. Gonzalo de Tapia, que con glorioso martirio fué el primero que en esta Nueva España derramó su sangre y dió la vida á manos de los Indios de Sinaloa por la predicación del Evangelio. Prosiguió el hermano Diego de Santiesteban los estudios de la Teología, y acabados con tan buena opinión de letras y ejemplo de virtud, que ordenado luego de sacerdote, le señalaron los superiores para que leyese un curso de artes, acabando éste con tan gran satisfacción, que le mandaron leyese otro. Habiendo, pues, dado fin á esta lectura con grande lucimiento en los aventajados discípulos que sacó, que fueron después de los más doctos maestros que ha tenido el Reino de la Nueva España, le señalaron cátedra supernumeraria de Teología en este mismo Colegio de México. De aquí pasó á la de vísperas, después á la de prima, gastando en estas ocupaciones espacio de 20 años y siempre con grande ejemplo de religiosa observancia. Sus grandes letras y claridad de ingenio se mostraron siempre en las materias que leyó, á que se juntaba la agudeza en sus réplicas y en el magisterio en presidir los actos públicos, acompañado siempre de una singular composición y agrado, sin dar ocasión alguna de sentimiento en tantas ocasiones como las que en disputas y variedad de opiniones se ofrecen, antes con muy religiosa cortesía honraba á todos los demás maestros, con que de todos igualmente era amado y respetado. Sus réplicas fueron tan estimadas, que sucediendo concurrir á replicar en un acto el Ilustrísimo Sr. D. Fr. Juan Bohorquez Cataño, Religioso de la Sagrada Orden de Predicadores, Obispo de Oaxaca, y el P. Diego de Santiesteban, que aguardaba (como debía) á que replicase el señor Obispo, y seguirle después, su Ilustrísima no quiso ser el primero en

su réplica, obligando con instancia á que fuese la primera la del P. Diego de Santiesteban, y diciendo: replique vuestra Paternidad que es mi maestro, y luego replicaré yo; con que hubo de obedecer el Padre, y después de él replicó Su Señoría, honrando tanto como esto la doctrina de su maestro.

Acompañó las letras con superiores virtudes y religiosos ejemplos con que siempre edificaba á sus discípulos. La mortificación con que tuvo sujetas las pasiones, fué bien notada de los que le trataron, pues en tantos años como vivió, y en muchas y graves ocupaciones que tuvo, y en negocios diferentes que trató, en que se suelen ofrecer ocasiones de disgustos, diferencias y desabrimientos, no se le notó enojo con persona alguna ni muestra de sentimiento, aunque tal vez le tratasen como á persona que no fuera digna de todo respeto.

Con ser el ejercicio de la lectura de tanto trabajo y continuado por tantos años, en todos ellos guardó el P. Santiesteban una tan señalada abstinencia, que parecía un ayuno continuado; porque todo el tiempo que leyó dijo Misa después de haber leído, que era á las diez y media. Su humildad fué de un verdadero religioso; nunca apeteció la menor honra del mundo, aunque tuvo muchas ocasiones para recibirla, habiendo estado tantos años estimado y al lado de Virreyes, como después diremos. A todos y con todos trataba cada día como si fueran sus iguales ó superiores. Leyendo la cátedra de Teología, con mucho gusto acompañaba la doctrina de los niños, y de su voluntad la iba cantando por las calles con uno de nuestros Hermanos artistas.

Aunque tuviese muchas ocupaciones, no dejaba de decir Misa cada día y decirla con notable afecto y devoción, y en los últimos años de su vida en que se le aumentaron los achaques, gastaba en decirla, retirado en una capilla doméstica, una hora. Era singular el afecto y devoción que tenía á la Virgen Nuestra Señora, imitando la pureza de esta soberana Reina, de que teniendo envidia el común enemigo, le armó un lazo por medio de una mujer atrevida, como sucedió al angélico Dr. Santo Tomás, cuyo ánimo y valer imitó el P. Diego de Santiesteban, dando tal respuesta á la que era instrumento del demonio, que la dejó avergonzada y corrida del atrevimiento que había tenido. En la obediencia, fué un vivo dechado de la que en la Compañía se profesa; puntual en la observancia, religioso y exacto observante de todas las reglas, en que daba raro ejemplo á todos, y en especial á nuestros Hermanos estudiantes, que juntamente aprendían de este maestro, letras, virtud y obediencia.

Estas dotes singulares en que resplandeció el P. Diego de Santiesteban, así en lo natural como en lo sobrenatural de la gracia, le hicieron amable, así á los de casa como á los de fuera, seglares y religiosos. Fué muy estimado de los señores Virreyes que lo comunicaron y trataron, y así el Excelentísimo Marqués de Guadalcázar, que lo fué de esta Nueva España, le eligió por su confesor los 10 años que gobernó este Reino, y hallóse tan bien con la doctrina del P. Diego de Santiesteban, que alcanzó licencia de N. P. General, para llevarle consigo á los Reinos del Perú, adonde S. E. pasó por Virrey, después de haberlo sido de la Nueva España. Hizo el Padre su viaje, y asistió en aquel Reino los siete años que el Marqués lo gobernó. De allí pasó á España con el mismo Marqués, que no se hallaba sin la compañía de persona

modestia, la cual le hacía respetar de los otros estudiantes y condiscípulos, de manera que ninguno se osaba descomponer en su presencia.

De Alcalá fué á ser colegial en el Colegio de Sigüenza y allí oyó al Dr. Bartolomé de Torres, que después fué Obispo de Canaria, varón por su santidad y por sus letras muy conocido y estimado en España. Con la comunicación y doctrina de tan insigne varón y maestro, se aventajó mucho el P. Plaza, no solamente en la sagrada Teología, sino también en la virtud y en el deseo de la perfección. Acabados sus estudios, andaba muy ansioso de entender la voluntad de Nuestro Señor acerca del estado que había de tomar, y un día que los otros colegiales se habían ido á recrear al campo, él determinó de recogerse y gastarle en oración. Estando, pues, en una ventana mirando al cielo, se le bañaron los ojos en lágrimas y sintió un eficaz impulso de Nuestro Señor que le llamaba á la Compañía de Jesús, de la cual su maestro le había dado mucha noticia. Con este impulso divino, creció más en la devoción y pidió la Compañía, y fué admitido en ella por el P. Villanueva el año de 1553, siendo ya sacerdote y de 26 años, aunque antes de recibirle se graduó de Doctor en Teología por orden de los superiores de la misma Compañía; porque él, por su humildad, no lo había querido antes hacer. Luego que le recibieron, siendo aún novicio, descubrió el talento que Dios le había dado para gobernar, que fué tal, que en breve lo hicieron Maestro de novicios; y él escribió muchas de las reglas que hoy tienen. Y después, siendo ya profeso, fué tres veces á Roma á las tres elecciones de los tres Padres Generales: Maestro Diego Lainez, San Francisco de Borja y Everardo Mercuriano. Fué Rector muchos años, y la mayor parte del Colegio de Granada y Provincial de Andalucía. Y el año de 1573 Everardo Mercuriano le envió por Visitador de la Compañía de Jesús del Perú y después pasó á la Nueva España á hacer el mismo oficio, y acabada la visita fué Provincial de la misma Provincia de la Nueva España, hasta el año de 1585 en que dió de mano á todo género de gobierno, quedando solamente por Prefecto de las cosas espirituales del Colegio de México, y Padre, guía y confesor de los Hermanos estudiantes, y en ese oficio con mucho gusto suyo y de todo aquel Colegio se ocupó todo el tiempo que lo tuvo, hasta que los dolores de la gota le apretaron, de manera que le hubo de dejar. Hasta aquí el P. Eusebio, de las noticias que en España tuvo del venerable P. Juan de Plaza, y ahora se seguirá lo que de la vida de este santo varón escribió su Rector, P. Martín Fernández, también varón santo, cuya vida escribiremos adelante, el cual comunicó y trató muchos años al P. Plaza, y fué testigo de sus excelentes y perfectas virtudes, y dice así:

En su gobierno fué el P. Juan de Plaza rectísimo y en gran manera celoso de la observancia religiosa y del espíritu de la Compañía, y en razón de esto, á tiempos apretaba con grande entereza en la observancia de sus reglas. Y otras veces que parecía amenazar con grandes rigores, eso venía á parar en afectuosas lágrimas que él mismo derramaba significando que su deseo era el remedio de las faltas. Y de aquí se seguía el conocerse los culpados, ó por lo menos, quedar convencidos del buen término de caridad que con ellos se usaba. A esta causa de ser su gobierno conocido por tan religioso y acertado, el P. Dr. Avellaneda, que vino después á visitar esta Provincia, y otros

superiores le importunaban con varios cargos: pero el buen Padre hacía resistencia á todos, pidiendo que le dejasen atender á sólo su aprovechamiento y al consuelo espiritual de los Estudiantes de nuestro Colegio, los cuales tuvo siempre á su cargo con oficio de confesor y Prefecto de las cosas espirituales; hasta que el mal de la gota le apretó de manera que no pudo pasar adelante con este ministerio. Fué maravillosa su seriedad y gravedad religiosa, nacida con la continua memoria de Nuestro Señor, en cuya presencia siempre andaba, y componía con su vista á quienquiera que lo miraba; y no sólo sucedía esto cuando era Superior, sino que siendo persona particular se hacía respetar tanto, que nadie se atrevía á descomponer en su presencia, ni tocar en cosa que oliese á murmuración ó liviandad menos religiosa, aunque junto con eso fué muy apacible en sus conversaciones: con las cuales entretenía, enseñaba y edificaba grandemente á los presentes; porque siempre eran de cosas espirituales sacadas de su larga experiencia, y confirmadas con varios sucesos y casos que habían pasado por sus manos, los cuales solía contar con tanta puntualidad y firmeza de memoria en los nombres, tiempos y lugares, que ponía admiración á los que le oían.

Conforme á esto, su doctrina fué solidísima y gravísima en los sermones que predicaba al pueblo y en las pláticas espirituales á los nuestros. Los sermones eran llanos de estilo en las palabras, porque toda la fuerza la ponía en las razones, las cuales eran tan vivas y eficaces, que convencían los entendimientos y aun los violentaban. A este propósito dijo una persona honrada, en cierta ocasión: «Yo no voy á oír al P. Plaza, porque si le oigo me hallo obligado á vender la vajilla para repartirla á los pobres, y por otra parte, no me hallo con esfuerzo para hacerlo, y así tengo por mejor no oírlo.» En su doctrina insistía siempre en que cada uno acudiese á la obligación de su estado y oficio, y declaraba á menudo el modo con que se deben hacer las cosas más ordinarias y caseras que están á nuestro cargo, poniendo en esto el aprovechamiento y perfección, y no en otras cosas extraordinarias. Y á un Padre grave dijo, poco antes que muriera, que por este camino había acertado, porque desde que era mozo platicó cosas serias y de sustancia. Estas sacaba el P. Plaza de los Santos Padres, que tenía muy leídos y apuntados. Aunque su particular estudio era en la oración, adonde comunicaba con Nuestro Señor todos sus conceptos, actuando dentro de sí y ejercitando por la obra lo que había de predicar y enseñar con la palabra. Y así apenas se halla entre sus papeles sermón ó plática suya enteramente escrita, sino apuntada en pedazos de papel, y comunmente en cubiertas de cartas; que no es pequeño testimonio del amor que tenía á la santa pobreza. Cuando Nuestro Señor le daba algún extraordinario sentimiento acerca de alguna virtud ó punto de espíritu, hacía particular memoria de ello, el cual comunicaba á los nuestros, unas veces en escrito y otras en pláticas, que hacía á los que gustaban de oírle. Con esto tuvo tanta facilidad en predicar y platicar, que dijo él á una persona que el recogerse para el sermón ó plática, no era tanto para pensar lo que había de decir, como lo que no había de decir; por ser tanto lo que se le ofrecía, que era necesario echar aparte lo que por entonces fuera demasiado. Mayormente en los misterios de Jesucristo Nuestro Señor era maravillosa su fecundidad, nacida de la continua meditación que de ellos tenía. En cierta

ocasión dijo que su oración de todo el año era un círculo, comenzando unas veces de sí y acabando en Cristo, y otras al contrario, comenzando en Cristo y revolviendo sobre sí mismo.

De aquí le vino aquel espíritu de mortificación en que se ejerció; continuamente de esto escribía, de esto predicaba y esto aconsejaba en sus pláticas familiares y conversaciones, éste tenía por espíritu seguro y propio de la Compañía, juzgando por sospechosa la oración que no se acompañase con la mortificación. En esto insistía siendo Superior y no consentía que los nuestros guiasen por camino de revelaciones á las almas, ni él quiso tratar ordinariamente con personas tales, si no venían con ánimo de seguir el camino más llano y seguro de la mortificación. Todo el tiempo que pudo bajar al refectorio, tuvo especial cuidado de hacer en él alguna penitencia de rodillas, ó diciendo su falta en la observancia de las reglas, y mientras tuvo salud usó penitencias exteriores, y cuando por sus enfermedades se veía impedido para hacerlas, decía á Nuestro Señor: dad vos, Señor, la disciplina, que yo diré el miserere; y tenía por mejor penitencia y mortificación la que Nuestro Señor daba, llevándola con paciencia y resignación en la voluntad de Dios, que la que solemos tomar por nuestra devoción. Porque en estas hay algún peligro de amor propio y no en las otras, y conforme á este sentimiento le dió Nuestro Señor el ejercicio, porque sus trabajos fueron grandes, de suerte que se pudo decir como lo dijo una persona muy grave: que Dios Nuestro Señor dió este Padre á la Compañía, y más principalmente á esta Provincia, *Ut posteris daretur exemplum patientie sicut beatus Job*, porque dejando aparte los muchos caminos que anduvo en servicio de la misma Compañía, tres veces á Roma, al Perú y á esta Nueva España, visitando Provincias tan extendidas, y por caminos tan ásperos y despoblados, sus enfermedades y dolores, fueron casi perpetuos. Tuvo fríos y calenturas más de 20 años, sin que por ello dejase las ocupaciones del gobierno y trato de espíritu; era muy molestado de ventosidades y dolor de hijada; y los 16 últimos años de su vida padeció gravísimos dolores de gota, la cual finalmente le acabó, habiéndole tenido casi 3 años continuos tullido en la cama sin poderse menear en ella, ni volverse á un lado ni á otro, sino siempre de espaldas. Y esto ponía admiración á todos, y cómo fuese posible naturalmente durar tanto en esta postura, sin haberse deshecho las carnes ó llagado el cuerpo. Hacía que le vistiesen algunas veces, y que le llevasen en una silla á la Capilla de los enfermos para oír Misa, padeciendo en esto graves dolores, por cumplir cuanto le fuese posible con el precepto de la Iglesia. Guardó también estrechísimamente las cuaresmas y los demás días de obligación, absteniéndose de carne, en tanto que, diez días antes que muriese, preguntó si era viernes para no usar de comida de enfermo el que por horas se estaba muriendo. De manera que los 3 años últimos y más trabajosos de su vida, aunque estaba en la cama, comió lo mismo que en el refectorio se servía á la comunidad, y aun con peor sazón, porque por falta de los dientes se tardaba mucho en la comida, y se le enfriaba, y con esta incomodidad y otras en este género pasaba este siervo de Dios no sólo con paciencia, sino con alegría, disimulando algunas de ellas, porque no recibiese pena el Hermano que le acudía. Dijo casi siempre las horas canónicas ayudándose á ratos de quien le volviese las hojas del Breviario, por tener él las ma-

nos gafas é impedidas, y era en esto tan exacto, que el día que le dieron la Extremaunción, estando medio dormido y casi fuera de sí, se le oía que rezaba de memoria las horas menores por tan largo rato, que se entendió las acabó de rezar todas. Pero sobre todo, edificó la paciencia con que llevaba el usar de manos ajenas para llevar la comida á la boca, y en todo lo demás que había menester. Y cuando le habían de menear ó al sentar en la cama, aunque tan recios los dolores, que á veces le hacían dar gemidos, pero nunca se indignó con el que con menos tiento lo meneaba ó movía, y cuando mucho decía: «Dios le perdone, Hermano, qué hace?» Preguntándole estos últimos días si deseaba ya morir por acabar con tantos trabajos, respondió: que no, sino pedirlos más y mayores; otra vez dijo á la misma pregunta que deseaba mucho ver á Dios, pero que no se acabasen los dolores.

Procedía esta paciencia de su grande humildad y conocimiento propio, en que profundamente meditaba; acerca de lo cual dijo á un Hermano nuestro, que cuando se desvelaba de noche y le afligían sus dolores, se recogía dentro de sí y pensaba en los del infierno, y que tocando la cama con sus manos gafas y adoloridas, como las tenía, decía: «Es posible que ésta es cama y estas son sábanas? Y que no es fuego del infierno?» A que añadía: «merced es de Nuestro Señor tenerme aquí, pues merecía estar en aquellas llamas.» Si en alguna cosa mostraba indignación, era cuando sentía que hacían de él alguna estima, y tal vez sucedió que estando medio dormido el Padre, uno de los nuestros le besó la mano á hurtadillas, porque decía le comunicaba Nuestro Señor particular regalo y lágrimas cuando hacía esto; sintióle esta vez el Padre, y volviéndose á él con rostro grave y sentimiento, le dijo: «Qué invención es esa?» Estando los Hermanos á solas con él, le preguntó el uno con simplicidad poco recatada, si sabía la hora de su muerte. Y con estar muy caído y casi turbado el juicio, le respondió mostrando pena de la pregunta: «no la sé;» y replicando el otro Hermano que por humildad debía de disimularlo, respondió: «dos veces digo que no la sé.» Entre los dichos de San Pablo (de quien era especial devoto), que tenía muy en la memoria y repetía muchas veces, uno era aquel: *Venit Jesus peccatores salvos facere, quorum primus ego sum*: y en otro lugar: *Ego sum minimus Apostolorum, qui non sum dignus vocari Apostolus quia persecutus sum Ecclesiam Dei*; y decía que con estas palabras se consolaba y animaba; y ponía admiración que tan de veras se diese al espíritu de compunción y penitencia un hombre tan puro y limpio de conciencia, que dijo un Padre que lo confesó algún tiempo, que siempre quedaba con escrúpulo de haberle dado la absolución sin bastante materia, y si le pedían alguna de la vida pasada, mostraba pena; pareciéndole que era muy bastante materia la que de presente daba. Tal era la luz y sentimiento que Nuestro Señor le comunicaba y la delicadeza de su conciencia. Pero en esta virtud de su propio conocimiento y desprecio, no se pudo decir más de que su mayor estudio y más continuo cuidado fué siempre humillarse, y deshacerse y esconder, cuanto le fué posible, los grandes favores que de la divina Mano había recibido.

Mas como Nuestro Señor es fiel á sus amigos, tuvo su Majestad á cargo el acreditarle, no sólo en nuestra Compañía, adonde siempre fué tenido en grande veneración, así de los superiores que lo gobernaron como de los súbditos á quien él regía, sino también cerca de los Pre-

lados eclesiásticos y gente gravísima, que le tenían por oráculo en sus dudas, así de espíritu como de gobierno. El Arzobispo de Granada D. Pedro Guerrero, llamado con razón el santo, no hacía cosa sin su consejo, y se hallaba tan bien en todo género de negocios que ocurrían, que solía decir el santo Arzobispo que con esta Plaza, aunque pequeña (porque era pequeño de cuerpo), hallaba todo lo que había menester.

Con el P. Maestro Avila tuvo muy estrecha familiaridad, porque fueron muy semejantes sus espíritus; tanto que algunos sermones ó pláticas de importancia que había de hacer el P. Plaza, se las pedía al P. Maestro Avila, el cual se las enviaba y asentábanle tan bien, como si el espíritu del que las hizo, y la boca del que las pronunciaba, fueran de una misma persona. En el Concilio Provincial que se celebró en la ciudad de México, 18 años antes de su muerte, se halló el P. Plaza á las consultas de los Prelados, haciendo todos mucha estima de su parecer. De este Concilio resultó, que el mismo Padre hiciese aquel catecismo de los niños que comunmente ha corrido en la Nueva España. Pero en este trato de Prelados se le notó una cosa de grande edificación, que fué, haber sido tan desinteresado y desnudo de sus comodidades, que nunca les pidió cosa alguna para sí, ni para persona que le tocara, ni se entrometía en negocios seculares que de muy lejos pudiesen parecer ajenos de nuestro Instituto.

No sólo en vida, sino también en muerte, honró Dios á este su siervo, porque no obstante que él alcanzó de su Majestad (según piadosamente se entendía), que su muerte fuese tan llana y común como había sido á la primera vista su vida, llevando hasta el fin el camino de humildad y desprecio de sí mismo, por donde con tan gran tesón había caminado; con todo eso, luego que murió, se comenzaron en cierta manera á sentir los resplandores de la gloria de que su alma gozaba en el cielo. Y tomando esto un poco más de atrás, sucedió que apretando los fríos del invierno comenzó el Padre á sentirse más fatigado de los dolores de la gota, que según se entiende se le entrañó adentro y se le subió á la cabeza; no podía comer, parte por el dolor que sentía en las quijadas y garganta, y parte por tener postrado el apetito.

Enflaquecióse en gran manera, quedando la piel sola pegada á los huesos; sintió el Padre que ya se iba acabando su vida, y así, 20 días antes de su muerte, llamó á un Padre con quien solía confesarse algunas veces, y confesóse con él, más de espacio que solía, de manera que de las circunstancias de tiempos y lugares, coligió el confesor que era confesión general la que hacía; pero fué tan ligera que le absolvió con escrúpulo de si era suficiente materia (siendo el confesor diferente del que arriba se dijo, había tenido el mismo escrúpulo). La Dominica tercera del Adviento se le dió el Viático, y ese mismo día por la tarde se le administró el Santo Oleo, á lo cual él estuvo muy despierto y sobre sí; y en habiéndole recibido, dijo: «gracias á Nuestro Señor, que ha sido servido de que se haya padecido algo hasta ahora para gloria suya, *Sit nomen Domini benedictum,*» y preguntando poco después quiénes eran los que estaban allí, le dijeron que unos Hermanos, y él, como por última despedida, dijo: «Dios les bendiga para que le sirvan y le alabemos.» Crecieron los dolores y flaqueza en aquellos seis días, hasta el sábado siguiente, día del Apóstol Santo Tomás, en que entre diez y once de la noche, estando presentes los nuestros, dió

su espíritu al Creador, año de 1602. Y fué á recibir en la eterna bienaventuranza el premio y galardón que Nuestro Señor le tendría aparejado á este su fidelísimo siervo, que con tan constante perseverancia le procuró servir por todo el discurso de su santa vida, y sufriendo por su amor con admirable paciencia tan continuados dolores.

Cuando á la mañana por el doble de las campanas se entendió la muerte de este santo Padre, aunque había estado encerrado en casa por sus continuos achaques sin salir de ella, por tiempo de 10 años y solamente visitado de algunas personas sus devotas é hijos espirituales, y de los demás de la ciudad, apenas era conocido; pero eso no obstante, por la noticia que se tenía de persona tan espiritual, prudente y santa, fué mucho el concurso de religiosos y personas principales de la ciudad y Cabildo eclesiástico que concurrió á su entierro. La Capilla de la Iglesia mayor quiso venir por su devoción á hacer el oficio, y vino mucha gente á una pieza alta adonde estaba el cuerpo, y era de particular consuelo ver la devoción y lágrimas con que le besaban las manos y los pies, y aun le cortaban lo que buenamente podían del vestido. Ni faltó en este tiempo un pintor devoto, que por la mucha estima y particular afición que tenía á este santo Padre, sacó en dibujo su retrato, pareciéndole que por todas las vías posibles debía perpetuarse la memoria de varón tan insigne; y una persona grave añadió, que este entierro no se había de celebrar con lutos, sino con flores, y pareciéndoles bien el aviso á muchos Hermanos que tenían más noticia de su santidad, le rodearon de ellas y de azucenas, quizás con más misterio del que entonces entendieron, porque según bastantísimas conjeturas que para ello se tuvieron, conservó siempre la limpieza virginal en su alma y cuerpo, y entre las señales exteriores que confirmaban esto, una fué, que 16 horas después de muerto tenía las manos más flexibles que cuando estaba vivo, en lo cual repararon muchos: porque con los continuos corrimientos y dolores de la gota se le habían torcido y anudado los dedos, y secado, de suerte que sin mucha fealdad no se le pudieran descubrir las manos para el entierro; pero proveyó Nuestro Señor de que á la hora de la muerte se le extendiesen las cuerdas, y no solamente se hiciesen tratables las manos y dedos, sino también que quedasen tan blancas y transparentes, que convidaban á que las besasen. Otra señal de incorrupción fué que cortándole á este mismo tiempo una niña que tenía crecida, y encarándole la tijera algo en el dedo, le salió de él sangre viva y como reciente.

Pasóse el cuerpo á la iglesia con una muy solemne procesión de religiosos y otra gente eclesiástica, todos con candelas encendidas; díjose el nocturno con solemnidad, y entre tanto tenían muchos de los nuestros rodeado el cuerpo, del cual no querían apartarse ese poco de tiempo que les restaba para gozar de tan apacible vista, que lo era mucho, aún más que cuando estaba vivo. La gente seglar, hombres y mujeres, no cesaban en este ínterin de besarle los pies y manos y tocarle el rostro con sus rosarios y pañuelos. Pero al tiempo de ponerle en la sepultura, fué mucho mayor la apretura y codicia de alcanzar alguna prenda suya, y no hacía esto sólo la gente vulgar, sino también la grave, religiosa y letrada, que con más ansias procuraba tocar al cuerpo y despojarle de sus vestidos, teniéndose por dichoso el que alcanzaba algún pedazo de su pobre sotana ó medias calzas. Y aun

hubo doctor en Teología y catedrático de prima que se entró en el mismo hoyo de la sepultura para recibir en sus brazos el venerable cuerpo para depositarlo en ella, y le pareció que iba muy pagado por este oficio con un zapato que hubo á las manos, y los que más no podían se contentaban con las flores que habían tocado al cuerpo. Depositóse delante del altar mayor en una caja de madera con cal que en ella se echó, adonde reposa en paz, esperando el dichoso tiempo en que ha de resucitar á nueva y gloriosa vida, en premio de la larga muerte que padeció y de los raros ejemplos de virtud que dejó á sus Hermanos.

Murió este santo varón por Diciembre, año de 1602, y no dejaremos de añadir aquí que tengo en mi poder una espiritualísima carta suya, escrita de 10 años antes de su muerte, de la Nueva España, al P. Juan de Cañas en Andalucía, también insigne varón, en la cual le escribía que se ejercitaba en el mismo anhelo que tenía San Pablo, cuando decía: *Cupio dissolvi et esse cum Christo*; y en ese amor, dice, pretendía imitar al santo Apóstol, que es lo fino de la caridad, adonde llegan los grandes santos. Diciendo juntamente el muy espiritual y perfecto varón que á ese fin enderezaba sus ejercicios de oración y penitencia, en los cuales podemos decir que se empleó toda su vida. Y pues fueron tantos y con tan grande tesón ejercitados, los años que empleó el P. Plaza en pretender ese alto grado de perfección, bien es de entender que se lo concedería Dios, y que en efecto lo conseguiría, de que dieron testimonio los insignes y continuados ejemplos de virtud que dió todo el tiempo de su prolongada vida. Y porque habiéndola acabado de escribir el P. Eusebio Nieremberg, añade algunos consejos y documentos espirituales muy acertados de este grande maestro de espíritu, los juzgamos por dignos de poner aquí, y son los siguientes: Nunca decir gracias vanas.—Decir bien de todos.—No porfiar mucho.—Entre muchos hablar poco.—No remedar á otro, ni hacer burla de cosa que diga ó haga.—Hacerse todo á todos.—Nunca hablar de cosa suya de que se le pueda seguir loa.—No ser entrometido ni fácil en dar su parecer.—Descubrir todas las tentaciones al Superior.—Andar siempre en la presencia de Dios.—Imaginarse siempre siervo de todos.—Y en los otros considerar la persona de Cristo Nuestro Señor.—Nunca dilatar cosa buena para otro día.—Nunca hacer cosa por vanagloria, sino por solo Dios.—Echar todas las cosas á buena parte.—Rogar todos los días por toda la Compañía, y particularmente por el Padre General, y por los otros superiores, y por los oficiales de aquel Colegio en que vive.

CAPITULO XIV.

VIDA, VIRTUDES Y DICHOSA MUERTE
DEL DEVOTÍSIMO P. ANTONIO ARIAS, LECTOR DE TEOLOGÍA
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

§ I

De la admirable junta que en el P. Arias resplandeció de santidad y letras.

Uno de los varones más señalados que con el ejemplo de santidad y letras ilustraron nuestra Provincia de Nueva España, y en especial nuestros estudios del Colegio de México, fué el P. Antonio Arias; de cuyos juveniles años y virtudes que en ellos ejercitó un tan insigne varón en letras y perfección religiosa, sólo hallo que decir lo que se puede sacar del tenor de vida y ejemplos que dió de esclarecidas virtudes los años que vivió en nuestra Provincia de Nueva España, que fueron trece, de los cuales, los más se ocupó en leer las facultades que en nuestro Colegio de México se profesan, y en otros ministerios, acompañándolos siempre con excelentísimos ejercicios de perfección religiosa. Y esta admirable junta de sabiduría, con insigne religión y virtud resplandeció de suerte en este santo varón, que no hallo mejor modo de escribir su vida, que juntándolas y declarando el modo con que las hermanó, y ejercitó hasta su muerte. La facultad en cuya lectura más tiempo se ejercitó, fué en la cátedra de visperas de Teología á que añadía el cuidar de la Congregación mayor de clérigos y gente letrada, y juntamente el oficio de Prefecto de las cosas espirituales en nuestro Colegio; á que también se juntaba el trato y comunicación de los prójimos en común y en particular, en orden al bien y aprovechamiento de sus almas. Y acudía este fervoroso varón á todas estas ocupaciones con tanta entereza y puntualidad, que parecía estar todo en todas, y todo en particular en cada una de ellas. Porque siendo de suyo tan graves y de tanto peso, que cada una por sí pedía un hombre entero, puestas sobre sus hombros, no flaqueaban un punto, antes parecía que cada día iban en mayor crecimiento, echando Nuestro Señor en todo aquello en que su siervo ponía mano en la tierra, su bendición desde el cielo. Y aunque es verdad que procuraba siempre con su grande humildad encubrir lo mucho bueno que así en lo natural como en lo sobrenatural de virtud, ingenio y letras tenía Dios depositado en él, poniendo toda su perfección en la entera observancia de las reglas, así las comunes que á todos tocan, como las particulares en que con grande satisfacción la obediencia lo tenía empleado; pero no pudo encubrir tanto su humildad, que en las ocasiones no diese muestras de sí su grande y aventajado caudal y talento. Fué muy señalado en todo género de letras, así en las humanas como en las divinas, y muchos años después que había dejado las de latín, era tan eminente en ella, que las cosas más graves y públicas